

■ PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Dos procesos dos
■ Uno a Zorrilla, otro a Buendía

Ayer fue miércoles 30, como el de mayo de 1984 en que fue asesinado don Manuel Buendía, cuyos presuntos asesinos están siendo juzgados para que se determine si, como muchas personas creemos, fueron en verdad los autores y protagonistas de la conspiración político-criminal que condujo a la privación de la vida del gran periodista. Mientras tiene lugar su proceso, se está desarrollando otro, nacido de la inconciencia y la mala fe, contra la memoria de la víctima. ■ 4

HOY JUEVES 31
DE AGOSTO DE 1989

Viene de la 1

El juicio contra José Antonio Zorrilla, Juan Rafael Moro Avila, Juventino Prado, Raúl Pérez Carmona y Sofía Naya, involucrados todos en el homicidio de don Manuel está desarrollándose conforme a los lentos ritmos que la legislación determina. Ello da lugar a situaciones equívocas o ambiguas, como cuando se afirma ciento por ciento que se trata de los homicidas o, peor aún, cuando se les exonera sólo a partir del dicho de sus defensores. Una revista semanal ha solido estar de parte de los abogados que defienden a Zorrilla y coacusados, diciendo por ejemplo que la acusación ha quedado en entredicho, siendo que simplemente, como corresponde a su papel, los defensores sostienen un punto de vista opuesto al del ministerio público, pero sin que ello suponga que aquéllos tienen razón y carezca de ella la parte acusadora.

El testimonio del valiente y consecuente Juan Manuel Bautista, así como el de la también testigo, e igualmente admirable Rosa Elvia Chávez, que al caminar por la calle aquel 30 de mayo se topó de manos a boca con el asesino de don Manuel, ha sido determinantes para identificar a Moro Avila, ese extraño personaje surgido de los bajos fondos de la política, de la peor clase media y de la más abyecta cinematografía, como el portador del arma homicida que arrebató la vida a don Manuel, presumiblemente por órdenes de Zorrilla y los jefes policíacos que dependían de él. Una cosa es que en una columna como ésta se hagan juicios y se expresen convicciones personales, pues como hemos dicho tal es la libertad que permite este género, y otra muy distinta que en la información se haga aparecer que la fiscalía está forzando las cosas para que los testigos obren no según lo que vieron y recuerdan, sino conforme lo que el ministerio público quiere, que es lo

que la defensa busca hacer creer.

No sólo se está llevando a cabo el proceso contra Zorrilla y coacusados, en que el desahogo de las pruebas llevará algunos de los meses siguientes, lo que implica que el juicio tendrá una prolongada duración, sino que se ha reavivado la llama contra el propio don Manuel. Dos incalificables periodistas, cuyos nombres omito para no ensuciar estas páginas, han desatado una nueva sarta de calumnias contra el periodista victimado hace cinco años. Una de ellos aseguró en la publicación semanal en que es personaje relevante, que don Manuel compraba el espacio en que aparecía su columna y que él lo revendía al mejor postor. Prácticas así no son desconocidas en nuestro medio, pero Buendía distaba de pertenecer a la categoría de quienes la ejercen. Por lo contrario, era el más claro ejemplo de un periodista profesional, bien pagado por los periódicos que publicaban su co-

lumna, aparecida en la primera plana de un sinnúmero de ellos.

El otro difamador, que al aparecer en el canal gubernamental da clara idea del tipo de periodismo que allí quiere ser practicado, ha sugerido ante las cámaras que la muerte de don Manuel fue resultado de un ajuste de cuentas. Y en diarios del interior, donde también se publican sus escritos, ha ido más allá, al punto de conjeturar que Zorrilla y Buendía eran socios en un negocio de chantaje, en que la información aportada por el primero era utilizada por el segundo para coaccionar a víctimas que no quisieran ser exhibidas en la influyente columna de don Manuel. El crimen habría resultado, en consecuencia, de desacuerdos entre rufianes, una querrela de ruines intereses porque don Manuel se habría querido pasar de listo. Es una infamia decirlo, y sería una infamia no salir al paso de tales acusaciones.